



PRESENTACIÓN

Manuel Gutiérrez Navas
Director de Mediterráneo Económico

La tercera década del siglo XXI estará sin duda condicionada por la omnipresencia de la sostenibilidad como referencia obligada en cualquier ámbito de la economía y la sociedad globales, como eje central de la agenda pública en todo el mundo. Hay incluso quien ya ha comenzado a llamarla la década de la sostenibilidad.

Si los primeros años del tercer milenio estuvieron marcados por las consecuencias de la Gran Recesión y el salto adelante que ha dado impulso a la transformación digital, de cara a 2030 el gran reto planetario es cómo asegurar, sin quebrar la capacidad de carga de la biosfera, la demanda de agua, alimentos, materiales y combustibles de una población que no para de crecer y de consumir, y por tanto de explotar activos naturales y producir desechos y emisiones. Cómo avanzar, en resumidas cuentas, hacia una economía descarbonizada, mucho más eficiente en el uso de unos recursos naturales cada vez más escasos y más caros, siendo capaz de producir y distribuir bienes y servicios con mayor equidad y gestionar los residuos que genera minimizando su impacto negativo en el medioambiente. Y todo ello bajo la amenaza del cambio climático, cuyo alcance y consecuencias son todavía impredecibles, pero cuyo impacto en los sistemas productivos y en nuestras vidas comienza a ser evidente, según el consenso casi unánime de la comunidad científica internacional.

Nuestro planeta azul es un sistema biofísico en frágil equilibrio y en el que el agua es el elemento fundamental para la vida. El agua dulce, evidentemente; pero también la que da forma a nuestros mares y océanos. Estos ocupan las tres cuartas partes de la superficie y acogen a buena parte de la biodiversidad global, además de ejercer un papel clave en la regulación del clima y en la renovación del oxígeno que respiramos, siendo los verdaderos pulmones de la Tierra. En estas grandes masas de aguas se localizan muchos de los hábitats ecológicamente más ricos del globo al que seguimos llamando terráqueo, que son al mismo tiempo algunos de los más vulnerables. Entre los factores que amenazan la salud de nuestros mares están, por supuesto, las toneladas de vertidos contaminantes que reciben cada día, pero también las actividades extractivas incontroladas como la sobrepesca, o la acidificación derivada del aumento de los gases de efecto invernadero en la atmósfera, y el deshielo que conlleva, a un ritmo preocupante, el calentamiento global.

Ahora, en el umbral de esta década de la sostenibilidad, hemos querido dedicar este número de Mediterráneo Económico a reflexionar sobre el futuro de los océanos entendidos como espacios de vida, teniendo en cuenta no solo las amenazas que la actividad humana y el deterioro ambiental arrojan sobre ellos, sino también las oportunidades de aprovechamiento económico sostenible que

pueden brindarnos los nuevos desarrollos tecnológicos, como la desalación y la industria piscifactora. Y lo hacemos precisamente desde el Mediterráneo, considerado el mar más contaminado del mundo y uno de los puntos calientes del planeta en materia de cambio climático, debido a las consecuencias traumáticas que tendría, sobre un territorio sometido desde hace siglos a una intensa presión humana, un aumento de las temperaturas y del nivel del mar, así como la generalización de fenómenos meteorológicos extremos, y hasta antagónicos, como las sequías prolongadas y las lluvias torrenciales.

El responsable de coordinar este proyecto ha sido Manuel Toharia, periodista científico, decano de los divulgadores del conocimiento en nuestro país, que a su impecable trayectoria como referencia mediática para varias generaciones de españoles, suma su experiencia profesional, entre otras cosas, como responsable de uno de los acuarios más importantes del mundo, el Oceanogràfic de València. Un curioso sin límites y un comunicador compulsivo, pionero de lo que ahora llamamos educación ambiental, y que combina una envidiable capacidad para hacer inteligibles —e interesantes— para el gran público las cuestiones más complejas, con un escepticismo tan crítico como fundamentado, provocador en el mejor sentido de la palabra. Para abordar nuestro encargo se ha rodeado además de una veintena de investigadores, científicos, expertos y divulgadores apasionados del mar en todas sus vertientes, que aportan rigor y contexto a una de las urgencias de nuestra época.

Casualmente, la fase final en la preparación de este nuevo volumen de Mediterráneo Económico vino a coincidir con la celebración, en diciembre de 2019, de la edición número 25 de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, la Cumbre del Clima de Madrid. A pesar de todo el revuelo mediático que la rodeó, y como temían los expertos más pesimistas, o mejor informados, la COP25 se saldó con más incertidumbres que compromisos, dejando en el aire, al menos a corto plazo, el llamamiento universal en torno al que había sido convocada: «Es tiempo de actuar por el planeta».

Es, sin duda, tiempo de actuar. Los costes sociales y económicos de la crisis ambiental a la que nos enfrentamos van camino de ser inasumibles para la humanidad, y para afrontarlos será necesario un cambio cultural de gran calado y en el menor espacio de tiempo posible. Nuevos hábitos de consumo y reutilización a todos los niveles, nuevas formas de relacionarnos con la movilidad, y una reestructuración profunda de nuestro tejido productivo que haga posible esa transición hacia una economía verde para la que no tenemos un plan b. Tan solo en el ámbito de la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero y la lucha contra el cambio climático, la Comisión Europea calcula en unos 270.000 millones de euros anuales la inversión necesaria en energías renovables y consumo eficiente, transporte sostenible y gestión del agua y los residuos para hacer cumplir los Acuerdos de París de 2015. Y en este propósito colectivo el sistema bancario tiene una enorme responsabilidad, como herramienta especializada en la selección de inversiones, tanto a la hora de incentivar la realización de proyectos empresariales y pautas de consumo sostenibles, como por su capacidad para evaluar riesgos y penalizar aquellas otras que no cumplan con criterios de sostenibilidad económica, social y ambiental.



La entidad que edita esta publicación, Cajamar, como caja rural y cooperativa de crédito que es, nació de la mano de los sectores más dinámicos de la economía social y precisamente en un territorio habitado por personas acostumbradas a enfrentarse a difíciles condiciones ambientales y a hacer de la eficiencia en el uso de los recursos disponibles el centro de su estrategia de futuro. Es por ello que, desde el inicio de su actividad financiera y social, se ha dirigido a fomentar la cultura de la sostenibilidad, tanto desde el punto de vista productivo, atendiendo las necesidades de financiación de empresas y familias, como desde la perspectiva del conocimiento, la innovación y el desarrollo tecnológico, como palancas de desarrollo territorial, profesional y personal.

Así, hoy día, además de aportar soluciones de negocio y productos y servicios financieros especializados a los millones de socios y clientes que en toda España confían en su modelo de banca cooperativa, en su desempeño social promueve iniciativas científicas, académicas, formativas y culturales de todo tipo encaminadas a estos fines; a las que vino a sumarse, hace ya casi 20 años, esta colección de estudios socioeconómicos, volcada en el análisis de aquellos aspectos de nuestra realidad más cercana que inciden directamente en la salud de nuestro modelo de sociedad y en su viabilidad futura.

Con Manuel Toharia compartimos muchas inquietudes, preocupaciones y ocupaciones. Él sabe cómo agradecemos la generosidad con la que se ha sumergido en la labor de coordinación de esta obra sobre el futuro de los mares y océanos como espacios de vida, y el entusiasmo con el que todos los autores que participan en las páginas que siguen se han sumado a nuestra iniciativa, ayudándonos a repensar el futuro desde la crítica científica y el impulso ético que tanto necesitamos como vacuna contra el vértigo, la viralidad y el sensacionalismo tan presentes en la sociedad digital.